

El equilibrio armónico

En la segunda mitad del siglo XX, Arthur C. Danto, uno de los mayores exponentes de la filosofía del arte, estableció, ante la gran variedad estilística de la época, dos condiciones necesarias para que un objeto fuera arte: debía de encarnar su significado y ser sobre algo. De un modo u otro, cada obra tenía que contener un tema acorde con su mensaje implícito, lo que le diferenciaba del resto de objetos comunes que rodeaban a la sociedad capitalista. No obstante, el mensaje, la pertinencia de la obra artística sigue siendo uno de los filtros más valorados a la hora de analizar un autor o un estilo, por lo que obras como *El libro de los indolentes* (Sobre la poesía), de Javier Sánchez Menéndez, editado en Plaza y Valdés, nos ayuda a distinguir, por medio de un diario reflexivo en el que se entrecruzan la vida, la muerte y el paso del tiempo, la poesía auténtica de la no poesía, el poder de la creación serena, la necesidad de elaborar una introspección crítica y, por último, la vigencia de las esencias que siguen creando y rodeando al mundo, tal y como argumentó Platón hace miles de años.

Nos encontramos, pues, ante una prosa poética que deja entrever una serie de reflexiones en las que se entrecruzan lo reflexivo, lo evanescente y lo biográfico con el objetivo de defender la tradición pasada y los versos de los grandes maestros. Esta línea, que ya iniciaron escritoras y teóricas como Cynthia Ozick y Kathleen Raine, cobra aquí un matiz especial, más metafórico, con la introducción del mundo de los indolentes, las esencias con las que

convivimos, de una manera más o menos consciente, a diario en nuestra vida, en la lectura o en el hacer poético. De esta manera, Sánchez Menéndez se ocupa de establecer, como decíamos de Danto, un punto desde el cual poder recibir la creación y la recepción de una forma adecuada. En este caso, tanto la estética del artefacto literario, como la ética intrínseca, unidas por elementos como el silencio o la armonía, es la que produce el equilibrio perfecto. Cabe insistir en esto pues, para el autor, los autores contemporáneos incurren con demasiada frecuencia en la no poesía, derivada ésta de un rechazo de las formas fundamentales de la poesía o de una temática que pueda conectar con el lector. Puesto que, aún más, «la poesía es un misterio sublime que acompaña pero que no se deja acariciar.» (p. 33), solamente mediante una actitud humilde, tendente también a la farsa contemporánea, recogida e interior, sin el pensamiento de fines ulteriores, los diversos creadores pueden llegar, tan siquiera rozar, a la autenticidad.

En ese sentido, la poesía lleva aparejada una búsqueda constante, expresada muchas veces a lo largo del libro («Miro para seguir perdiendo la inocencia, para seguir buscando la palabra.», p. 112) en la que el lenguaje, poco a poco, va perdiendo efecto para convertirse en un lenguaje otro, una sustancia solo expresable en el diálogo interior. Como consecuencia, la poética entraña de una manera decisiva una determinada elevación, una mística superior personal, que pueda fundamentarse en el mundo y no, al contrario, en el mundo de las apariencias, como les ocurre a los siniestros del libro.

En última instancia, *El libro de los indolentes* (Sobre la poesía), propone una comunicación directa, aunque pausada, silenciosa y solitaria, con la naturaleza, con todo aquello que, a nuestro alrededor, nos transporta hacia otros mundos y verdades, intangibles, pero acaso más ricas, ya que «la poesía es nostalgia, es ira, es un dolor que agobia.» (p. 194) y también, añadiríamos, un bálsamo capaz de sanar las heridas.

Héctor Tarancón

Versos sueltos Héctor Tarancón

POESÍA

El equilibrio armónico

EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX, Arthur C. Danto, uno de los mayores exponentes de la filosofía del arte, escribió, una gran variedad de ensayos de la época, dos condiciones necesarias para que un objeto fuera arte: debía de encarnar su significado y ser sobre algo. De un modo u otro, cada obra artística que creemos un tema acorde con su mensaje implícito, lo que le diferenciaba del resto de objetos cotidianos que rodeaban a la sociedad (capitales). No obstante, el mensaje, la poética de la obra artística sigue siendo uno de los factores más vinculados a la hora de analizar un autor o un estilo, por lo que cabe citar *El libro de los indolentes* (Sobre la poesía), de Javier Sánchez Menéndez, editado en Plaza y Valdes, ayuda a distinguir, por medio de un diálogo reflexivo en el que se entrecruzan la vida, la creación y el paso del tiempo, la poesía auténtica de la no poesía, el poder de la creación versus, la necesidad de elaborar una letra específica y, por último, la elegancia de las estrofas que siguen comando y obedeciendo al mundo, tal y como argumentó Platón hace miles de años.

Nos encontramos, pues, ante una prueba poética que deja entrever una serie de reflexiones en las que se entrecruzan lo reflexivo, lo escarmentado y lo biográfico con el objetivo de defender la tradición poética y los versos de los grandes maestros. Esta línea, que ya iniciaron escritores y teóricos como C. G. Loring, Fredrick y Kathleen Raine, cobra aquí un matiz especial, más metafórico, con la introducción del mundo de los indolentes, las esencias con las que convivimos, de una manera más o menos consciente, a diario en nuestra vida, en la lectura o en el hacer poético. De esta manera, Sánchez Menéndez se ocupa de establecer, como decíamos de Danto, un punto desde el cual poder recibir la creación y la recepción de una forma adecuada. En este caso, tanto la estética del artefacto literario, como la ética intrínseca, unidas por elementos como el silencio o la armonía, es la que produce el equilibrio perfecto. Cabe insistir en esto pues, para el autor, los autores contemporáneos incurren con demasiada frecuencia en la no poesía, derivada ésta de un rechazo de las formas fundamentales de la poesía o de una temática que pueda conectar con el lector. Puesto que, aún más, «la poesía es un misterio sublime que acompaña pero que no se deja usar» (p. 31), solamente mediante una actitud humilde, tendente también a la fama contemporánea, recogida e interior, sin el pensamiento de fines ulteriores, los diversos creadores pueden llegar, tan siquiera rozar, a la autenticidad.

En ese sentido, la poesía lleva aparejada una búsqueda constante, expresada muchas veces a lo largo del libro («Miro para seguir perdiendo la inocencia, para seguir buscando la palabra», p. 112) en la que el lenguaje, poco a poco, va perdiendo efecto para convertirse en un lenguaje vivo, una instancia solo explicable en el diálogo interior. Como consecuencia, la poética entraña de una manera decisiva una determinada elevación, una mística superior personal, que pueda fundamentarse en el mundo y no, al contrario, en el mundo de las apariencias, como les ocurre a los sinistros del libro.

En última instancia, *El libro de los indolentes* (Sobre la poesía), propone una comunicación directa, aunque pausada, silenciosa y solitaria, con la naturaleza, con todo aquello que, a nuestro alrededor, nos transporta hacia otros mundos y verdades, intangibles, pero acaso más ricas, ya que «la poesía es nostalgia, es ira, es un dolor que agobia.» (p. 194) y también, añadiríamos, un bálsamo capaz de sanar las heridas.

